

# El Rumor en la Montaña

MAURICE RENARD



**TÍTULO ORIGINAL: LA RUMEUR DANS LA  
MONTAGNE**

Traducción: Xabier Galarreta

© Marjinalia Bilduma

Agosto de 2015

Fue al segundo día cuando Florent Max oyó realmente el rumor, y se detuvo a escucharlo. La víspera, por la mañana, al pasar, lo había percibido sin prestarle atención; se había confundido con los incontables murmullos de la montaña. Al anochecer, cuando volvió a pasar por el lugar, le vino confusamente a la memoria; su oído lo había reconocido... Debía de haber por allí cerca algún enjambre de insectos o algún arroyo subterráneo.

El segundo día se detuvo.

Florent Max había salido de su casita montañesa antes del alba. La caja de colores en bandolera, el caballete plegado bajo el brazo, ascendía los altos senderos hacia el lugar elegido, dispuesto a llevar a cabo su tarea. El paisajista caminaba lentamente. La luz del alba se difundía de manera progresiva. Los resplandores circundantes reaparecían en el insensible crescendo de la claridad. Florent Max, encorvado, miraba cómo sus botas se abrían paso entre las piedras.

Caminaba sin alegría alguna, por necesidad, por costumbre. ¿El Arte? ¿La Belleza? ¿La Naturaleza? ¡Meros balancines!... Tenía cuarenta y

cinco años; eso es lo que le atormentaba. ¡Viejo!, pensaba. ¡Viejo! Se había convertido de golpe en eso. Una muchacha bonita, por una palabra galante, le había arrojada a la cara su edad mirándole de arriba a abajo. Y de repente, como si aquella mirada hubiese resultado ser maléfica, se sintió cubierto de polvo y sal, lleno de arrugas, repleto de grasa, con un frío gélido en sus huesos anquilosados –en una palabra, la realidad.

Él, él, ¿viejo? ¡Pero si todavía no había hecho nada, no había amado aún a nadie, ni conseguido llegar a ninguna parte!

En medio del horror de un descubrimiento tal, consideró obscuramente los diversos aspectos del tema. El juego de sus rodillas mostraba rigidez; sentía el peso y el volumen de sus riñones –sobre todo del izquierdo– y sabía muy bien que su rostro matinal tenía necesidad de un buen «planchado», tal y como él mismo solía decir.

«Es decir, meditaba, llegar a algo: ¡ni de lejos! Amor: ¡nada de nada!... Es también culpa de esta guerra. ¿Que ha durado cinco años, dicen? ¡Sí, hombre! Esto es como la noche de Rip<sup>1</sup>. Una noche de un siglo. Cuando partimos éramos jóvenes aún; pero cada día contaba por cuatro; hemos regresado ya viejos. – ¡Viejos!».

Se detiene, con los ojos fijos, en una

---

<sup>1</sup> Alusión al protagonista del cuento “Rip van Winkle”, de Washington Irving.

revuelta del camino. Era el alba, empolvada de oro fino, y era la primavera. *Primavera, gioventù...* El sol se elevaba a grandes gritos. Al fondo, los montes sonrosados, difuminados por la bruma auroral, cobraban un tono aterciopelado similar a las mejillas de una virgen.

«Ahora mismo estoy en discordancia con todo esto. ¿Es posible...? ¿De qué he gozado...? ¿Pero, acaso, la vida es eso? Dos mitades: ¿una de proyectos y otra de remordimientos? ¿Pasar, casi sin transición, de la vergüenza de ser un niño a la vergüenza de ser un viejo...? ¡Si al menos fuera conocido! Ese prestigio puede reemplazar a otros. Un hombre célebre carece de edad. Pero...».

Un gesto de amargura, bastante teatral, se dibujó en su rostro:

¡Un viejo fracasado en toda regla, he ahí lo que soy! La pintura ya me es igual; si bien... ¡En fin! ¡Pero el resto...! Sólo. Mis predecesores: idos. Mis sucesores: ausentes. ¡Y el amor! Eché a perder mi tiempo con Marie. Veinticinco años juntos. Tiene mi edad. Para una mujer, es la decrepitud. No es más que la temible reliquia de un idilio olvidado...».

Después:

«¿Quiero acaso vivir con los ojos entornados hacia el pasado? ¿Quiero acaso vivir en éxtasis ante aquello que he sido? Mi juventud me corroe y me deslumbra a la vez. Mi juventud dentro de mí es... como un cáncer resplandeciente, eso es

lo que es. ¡Qué maravilloso país he atravesado a ciegas! Puse demasiado alto el listón de mi devenir. Y ahora, en lo alto, veo, veo... En definitiva, ¿qué veo? Hay hombres-legumbre, hombres-fruta y hombres-flor... Si es así, todo está acabado».

Y de nuevo se detuvo, encontrando en la soledad el rostro animado de un acusado que discute a cada paso.

«Sin embargo, sin embargo...».

Pero, con un movimiento de cabeza rebosante de denegación, se interrumpía asimismo, con cierta consideración:

«No, viejo amigo. Sé justo. No es suficiente desear para ser deseable, ni amar para ser amado... Es cierto que siempre he sido correcto. Pero he calculado mal cuánto iba a durar. Me he dormido en el tren. ¿Un anciano? Aún no. Pero *un viejo*, como ellas lo piensan; ¡eso es peor! Un viejo sin niños, sin millones, sin laureles, sin fe que le sostenga, sin obra que le sobreviva. Y este deterioro orgánico, que comienza con las canas y acaba en el polvo. Porque la muerte no hace sino precipitar ese estado...».

El día comenzaba. El aire puro de las alturas limpiaba la vida. Las sombras hasta entonces transportadas se rompían en trozos como en aquellos paisajes selenitas. La Naturaleza daba la impresión de estar demasiado “al punto”. Uno creía mirarla con ojos de niño, esos bellos ojos en los que el blanco de la loza es azulado.

Florent Max ascendía por el sendero rodeado de maleza, por la ladera de la pendiente. A su derecha, el desfiladero se hundía vertiginosamente, y, desde el fondo del precipicio la tierra, frente a él, volvía a subir con un impulso extraordinario, proyectando el bosque como una pantalla azul y verde.

Sumergido en su melancolía, el pintor abandonó el sendero por una pista apenas accesible que remontaba hacia unas rocas y matorrales.

—¡Demasiada alma, *Monseñor*, demasiada alma! —, exclamó.

Y satisfecho de esa fórmula pseudoshakesperiana, se complació durante un momento en ella, hasta que el rumor vino a golpearle en el oído.

Al igual que la víspera, fue un zumbido de un segundo, que cesó tan pronto como empezó. Si una puerta se hubiera abierto y cerrado al instante, Florent Max no habría escuchado otra cosa. Pero, esta vez, al fondo del zumbido, se había producido un ruido, una sonoridad distinta, más fuerte, más musical...

«¡Vaya!», se dijo Florent Max. «Tengo que averiguar si se trata de un enjambre o de un arroyo».

No tenía prisa por alcanzar el objetivo de su ascensión. En aquel momento, el más insignificante imprevisto se le antojaba repleto de atractivos, y todo aquello que pudiera distraerle era bienvenido.

«Será un arroyo subterráneo», pensaba. «Es como si procediera de una grieta».

El ruido había provenido de la derecha. Allá se hundía en la tierra un torrente sepultado por bloques de piedra y vegetación. La pista seguida por Florent Max seguía a lo largo del borde del hoyo, y más allá del mismo una muralla vertical se elevaba brutal, grisácea y desnuda.

Florent Max dejó en el suelo sus pertrechos y descendió por la torrentera. Al fondo, se detuvo a escuchar. La inmovilidad acrecentaba el silencio. Un sordo habría podido constatar que allá no había nada que oír. Ni el zumbido de un insecto. Ni una abeja vibrando por encima del cáliz de una flor.

El hombre, con los cinco sentidos, aguzaba el oído y ladeaba la cabeza, ahora hacia un lado ahora hacia el otro.

—¡Es un poco fuerte! —exclamó en voz alta—. ¡Pero estoy seguro de que este zumbido no lo produce mi propio oído! Es como el ruido de un campo de tréboles al sol.

Y comenzó a escudriñar en todas direcciones.

Pero el barranco, más vasto de lo que en principio parecía, oponía a su búsqueda un revoltijo totalmente obsidional de bejucos y espinos. Mejor abandonar las investigaciones y volver a subir al lugar en donde el rumor se dejaba sorprender, a fin de determinar con exactitud su origen.



Así lo hizo. Después de algunos tanteos, Florent Max reencontró el rumor; y no sin sorpresa constató lo exiguo del espacio en el que éste le permitía distinguirlo. Medio paso hacia delante, hacia atrás o hacia un lado, y desaparecía de su campo auditivo. Por más que la pista resultara menos estrecha, que Florent Max marchara sobre uno y otro de los bordes, o que caminara regresando de nuevo ufano en lugar de hacerlo bajo el peso de la contrariedad, el rumor se detenía en medio de la nada.

En un principio, lo comparó, a la buena de Dios, con un objeto situado tras varios obstáculos entre los cuales no existía, frente al objeto, intersticio capilar alguno. Pero esa comparación pecaba por defecto y nada que ver tenía con la historia.

Habiendo constatado tan curiosa particularidad, el artista recobró una parte de su buen ánimo. Un poco bufón en ocasiones, frunció las cejas de manera asimétrica, y dispuso alternativamente, a un lado y a otro de bastidores, su boca colocada en forma de «Oh!».

Pero apenas habían cesado sus muecas, cuando el rostro de Florent Max reflejó el asombro más atento que hubiese cabido esperar. Se produjo a simple vista una suerte de cambio o mutación. Imagínense la cara de alguien que creía tratarse de una broma y de pronto se da cuenta de su error.

Maquinalmente, alzó los ojos, aún sabiendo con seguridad que *ninguna línea de teléfonos se*

*extendía en aquellos montes.* Boquiabierto, con los cinco sentidos puestos en el punto del que el zumbido procedía, interrogó al cielo, a la muralla de rocas... Ni rastro de hilos eléctricos.

Lo que oía se parecía sin embargo a ese gran rumor que suele provenir de los postes de telégrafos cargados de hilos. Al apoyar el oído contra la madera, uno cree percibir el ruido sordo de un motín lejano, el clamor de un pueblo agitado en medio de una inmensa plaza pública, no se sabe bien dónde. Florent Max no conocía nada más impresionante que esa ilusión, y los postes telegráficos no contaban con un oyente más asiduo que este pueril artista.

Por tanto, allá no había nada que pudiera provenir de un arpa o de un órgano celeste. Lo único que había era aquella música, ella sola, suspendida en el aire, en algún punto que parecía fijo.

El rumor eólico hilaba un acorde sostenido, profuso, compuesto de una infinidad de agradables tarareos. Sí, procedía indiscutiblemente de la derecha. Venía de la muralla...

Florent Max ponía su oído algunos centímetros más hacia delante, en un sentido; y entonces el rumor se extinguía. Retomaba su lugar, y de nuevo volvía a eclosionar como si se tratara de la flor mágica del silencio.

Florent Max examinó más minuciosamente la pared rocosa. Le separaban de ella unos cuarenta

metros. El sol naciente le iluminaba de manera sesgada. Ofrecía a los rayos oblicuos una formidable superficie vertical, cóncava, ciclópea. El pintor pensó que quizá reenviaba un eco.

Sin duda alguna. Pero un eco muy particular. Un eco perceptible en un solo punto, como sucede en las criptas y en las basílicas.

Entonces, observó que el muro rocoso que tenía delante se recogía sobre sí mismo de manera sensible, como si tuviera muchos recovecos, pero que en definitiva venía a conformar una suerte de enorme nicho redondo, la zona interior de una carcasa esférica, como si se tratara de un vasto y cóncavo refectorio. Y esa bóveda la tenía ante sí, en lugar de tenerla sobre él.

Este espacio combo tenía sin lugar a dudas la propiedad de concentrar las ondas sonoras en un punto dado, y el rumor procedía del foco creado por ese espejo acústico, por decirlo de alguna manera. Así, al menos, resolvió Florent Max que debía de ser.

En tal caso, la concavidad rocosa proyectaba sobre él sonidos que venían de enfrente. Pero frente a sí sólo tenía la cortina forestal, en donde sabía con total seguridad que no había nada –nada, al menos, capaz de emitir un rumor tal...–. Porque no se trataba en absoluto ni de un enjambre, ni de un arroyo, ni de hilos telegráficos, ni de un campo de tréboles, ni de ninguna suerte de concierto ofrecido por el viento, por mucho que en los bosques de abetos sepa hacer cantar el alma de los violines...

Según el pintor, he aquí lo que sucedía: la otra ladera (la del bosque) no hacía sino reenviar a la muralla rocosa aquella armonía extraordinaria, tras recibirla de una fuente desconocida... Venía de lejos... No podía sino venir de muy lejos, por una serie de rebotes, de sonidos reflejados, por medio del eco, en definitiva. ¿A través del aire? ¿Del suelo? De muy lejos, seguramente.

Eran voces, susurros, hálitos, ruidos de pies ligeros, roces de muselinas... o aleteos, un murmullo vivo, el rumor de una muchedumbre feliz y en movimiento.

«Es hermoso», pensó Florent Max.  
«Hermoso como un recuerdo».

Entornó los ojos. Una nota grave y melodiosa acababa de estallar con dulzura por debajo de la melodiosa sordina del zumbido, extinguiéndose en medio de patéticas vibraciones. El pintor reconoció el estribillo que había resonado justo en el instante en que pasaba por allí. Podía ser una cuerda de cítara pinzada. O también, tal vez, una campana.

El rumor continuaba, sin que el dulce estallido lo enturbiara. Ahora, Florent Max distinguía una intencionalidad en la perspectiva polifónica. Unas voces se elevaban más cercanas a otras. Al fondo del todo había una algaraza, pero más cerca...

¿Más cerca de qué?

Más cerca, claro está, del lugar, del rincón

en cuestión, del aparato (¿quién sabe?) desde donde partían los sonidos recogidos hasta acabar aquí, debido a una serie de extrañas circunstancias... Todo sucedía como si en la esquina de un vasto hall, de un foro, de no se sabe que ágora repleta de gente, se hubiese colocado un micrófono sin cable, cuyo receptor estuviera también allá, invisible, impalpable y minúsculo, en el mismo vacío, en frente de aquella roca combada...

¿Pero cómo explicar que todo eso era realmente una sinfonía perpetua, y no la mezcolanza de sonidos vulgares que a su vez constituyen el sonido de la vida de los hombres...?

Florent Max en principio supuso que un prodigio físico le había puesto en contacto con una ciudad privilegiada. Venecia le había embrujado. La ausencia de todo bullicio implicaba ausencia de caballos y de coches; y además, había ido a Venecia en un tiempo en el que, así como lo que ahora oía le traía vagos recuerdos, la idea de la plaza de San Marcos obsesionaba sus búsquedas. Pronto renunció a ello; su memoria no se contentaba con eso. La sorda reminiscencia que la solicitaba no provenía de la ciudad de los *Duxes*. Además, estaba esa especie de tintineos periódicos, extraños a Venecia. En fin, las voces no hablaban en italiano...

¡Ah, cuando Florent Max discernió los primeros acentos, qué escalofrío sintió en todo su ser! Dos voces que pasaban. Se habría podido creer que dos personajes divinizados estaban transitando

realmente por debajo de la torrentera, contra la roca, caminando por el mismo espacio. Pero nadie desfilaba ante él, y la soledad de la montaña pesó majestuosamente durante todos esos minutos. Diálogo similar a un dúo, entretenimiento delicioso, voces enlazadas que se asemejaban a un canto, volviéndose cada vez más distintas, al tiempo que conservaban toda su dulzura, hasta alejarse como una feliz experiencia llega a su término.

—Es hermoso —repetía Florent Max—. Es hermoso como mi juventud.

Sintió su nuez contraerse, una molestia casi dolorosa convulsionó (pero de manera simétrica) los arcos de sus cejas; iba a echarse a llorar y se dispuso a hacerlo con complacencia.

En ese momento, otras voces se aproximaron. Esta vez, el efecto engañoso fue tan completo que Florent Max se creyó a dos pasos de los conversadores.

Le vino a la cabeza una idea. Gritó como a través de un teléfono. Gritó dando a sus llamamientos toda la suavidad de la que fue capaz, a fin de no asustar a los armoniosos desconocidos. Pero nada hacía pensar que le hubieran oído y que el fenómeno del que era testigo fuese reversible.

A partir de ahí, limitó sus esfuerzos a escuchar lo mejor que le era posible.

Singular espectáculo el de este hombre rechoncho, inmóvil al borde de una torrentera, al borde de un gran abismo, con una mano semiabierta

junto al oído, quieto en aquel desierto que proyecta sobre el paisaje las miradas estúpidas de aquellos que no ven nada porque todas sus capacidades están orientadas únicamente al sentido de la vista.

«Necesitaría», pensó, «un instrumento que me permitiera utilizar los dos oídos...».

Así pues, confeccionó un cornetín acústico improvisado, utilizando para ello una hoja de papel verjurado enrollada en forma de tubo, y se sirvió del mismo de una manera práctica, lo que no atenuaba en absoluto su aspecto estrafalario.

¡Se sentía poseído, hechizado, bienaventurado! El encantamiento obraba ya en él, y experimentaba la influencia que ya nunca más habría de abandonarle.

Aquél día ya no era un día dedicado a la pintura. Florent Max permanecía al borde del torrente. Comió el desayuno frío que Marie le había dispuesto al fondo de la mochila, y pasó toda la tarde escuchando el rumor, alternándolo con momentos de descanso durante los cuales se echaba sobre el terreno pedregoso o deambulaba pensativo por los alrededores, para regresar apasionadamente al enclave aéreo del misterio.

La noche estaba próxima. Había que marcharse. Florent Max descendió de la montaña muy sobreexcitado, los ojos brillantes, las mejillas ardiendo.

No podía quedarse allí, y no regresar a casa; ¡Marie se volvería loca de inquietud! Pero al día

siguiente...

¿Y si al día siguiente el rumor había desaparecido? Una sucesión de ecos sería suficiente para romper el hechizo...

Florent Max se procuraría un tratado de acústica...

¿Sería por la atmósfera? ¿Sería por causa de la masa terrestre...?

Pero ese rumor: una simple indicación. El lugar, el punto de reunión, la plaza pública existían en alguna parte. Tenía que averiguarlo. Tenía que conocer la ubicación de aquel foro de beatitud. Allá era donde tenía que vivir. No se podía vivir en ninguna otra parte. No, no se podía...

Pero, ¿a qué venía esa insistencia del espíritu a creer que recordaba? ¿Qué recordaba, exactamente, el espíritu de Florent Max...?

Aquella tarde era la encarnación de la Alegría, que pasa su tiempo cambiando de cuerpo, y, tal una diosa, nos llena de su exquisita presencia.

¡Y, sin embargo, aún no había escuchado, en el seno del rumor, la voz superlativa!

Descendía por caminos pedregosos, sin ver nada, sin oír nada más que el recuerdo del inefable eco. La vida interpretaba su canción en una tonalidad mayor. El mundo se había transformado. Y la Alegría le dilataba el torso, según acostumbra, como si toda forma humana se ciñera a su divino personaje.



Marie le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿No estarás enfermo? ¡Qué rojo estás! ¡Qué tarde es!

Florent Max creyó despertarse. ¿Y si se lo contaba? Él, que había descendido de la montaña tal un héroe de leyenda descendiendo del monte Harz, él que venía poco más o menos que de la casa de las hadas, ¿iría realmente a difundir la extraordinaria noticia?

La experiencia le aconsejó callarse, los celos le reprimieron. No estaba dispuesto a compartir el tesoro que acababa de descubrir. El rumor le pertenecía. Nadie excepto él saborearía ese gozo.

Respondió con un gruñido.

Marie le miró de soslayo.

La mesa estaba puesta con un mantel a cuadros azules y blancos. Cenaron en silencio. Florent Max estaba allí en carne y hueso, pero su pensamiento le transportaba tanto al borde del barranco como al lugar ignoto en donde el rumor tenía su origen y que él, con gran imaginación, había creado ya en su mente.

Súbitamente, se puso en pie y comenzó a andar a lo largo y ancho de la habitación.

—En fin, ¿qué sucede?

Y Marie se quedó horrorizada con su respuesta:

—¡Cállate!

¡Tenía en su mente la reminiscencia! Esa ciudad mágica que acababa de construir mentalmente, esas cúpulas, esos minaretes, esas terrazas, esa abundancia serena de palacios y de columnas resplandecientes a través de la niebla, era... ¡una visión que había surgido ya en su infancia! ¡La recordaba! ¡La recordaba!

Hizo memoria. Tiene diez años. Está sentado sobre la silla de terciopelo granate con una franja de tapicería. Contempla, en el vacío, la maravillosa ciudad. Tiene un libro sobre las rodillas, y la fantástica historia ya está impresa. Un libro encuadernado en piel. Son relatos de viajes. ¡Ah! Veamos: ¿es un libro serio o una selección de cuentos? Imposible recordarlo... Es un ejemplar que ha cogido de la biblioteca de su padre, cuyo destino es ser incendiada por los alemanes... El texto, después de treinta y cinco años, lo distingue aún con total claridad. ¿Cómo lo ha podido olvidar? ¡Fue uno de los encantamientos de su infancia!

En las memorias de Florent Max, se puede leer lo siguiente:

«Hacia las dos de la tarde nuestra caravana retomó la marcha. El calor era monstruoso y el desierto parecía estar agitado con movimientos marinos, tal era la vibración del aire. El cielo a cada instante se llenaba de bocetos engañosos, debidos a la refracción de la luz sobre las capas más o menos calientes de la atmósfera. Aparecían oasis, cadenas de montañas se elevaban para a continuación

desvanecerse al instante. Estos espejismos podían aparecer tanto invertidos como derechos; y, en ocasiones, por partida doble, nos mostraban un río quimérico y su reflejo en una onda apacible.

Uno de ellos era tan hermoso que asistíamos a su visión como si estuviésemos en la ópera. Representaba un decorado apoteósico surgido súbitamente en el horizonte, persuadiéndonos de que allí había una ciudad de las más bellas, en donde nos aprestábamos a entrar deslumbrados por un claro de luna más luminoso que el sol. Veíamos también una espaciosa terraza cuyos muros y balaustradas daban a un lago; y esa terraza estaba rodeada por edificios de una arquitectura tan bella como sorprendente, dejando al descubierto una profusión escalonada de los mismos, así hasta perderse de vista en el fondo del espejismo. Podíamos también observar un gran número de cúpulas y torres extremadamente finas alzándose sobre la ciudad, y tan numerosas como mástiles de buques en un puerto bien guarnecido. Una suerte de campanario dominaba la terraza; lo remataba un disco reluciente que, a primera vista, resplandecía según era golpeado por una especie de martillo. Más de uno llegó a pensar que podía tratarse del célebre *tympanum*<sup>2</sup>.

La agitación que reinaba a lo largo de toda

---

<sup>2</sup> El tympanon o tympanum era un tipo de tambor de marco utilizado en el Antiguo Egipto y en la Antigua Roma. Los griegos lo relacionaban con el dios Sabaccio.

la balaustrada fue la razón de que creyésemos discernir un ir y venir de personas; pero es preciso decir que la visión se estremecía como si hubiese sido pintada sobre un lienzo flotante, y apenas tuvimos ocasión de contemplarla mejor, tan rápidamente se desvaneció.

Lo más excitante del asunto es que aquella ciudad ilusoria era necesariamente el espectro de una ciudad real, a pesar de que ninguno de nosotros la reconociera. Sin embargo, estábamos allí un grupo de viajeros que, en conjunto, podía jactarse de haber recorrido el mundo entero. Era preciso, por tanto, quedarse con la impresión de que la bella ciudad del espejismo era la capital de un imperio escondido en las profundidades inexplorables de África, y suponer que existía en alguna parte una civilización separada de la nuestra.

Pero el buen sentido rechaza tales conjeturas, y en lugar de admitir aquella afirmación, nuestros sabios compañeros de viaje prefirieron, posteriormente, negar la aparición y argüir que, víctimas de la sed, de la fatiga y el sol, habíamos sufrido alucinaciones».

Esta última frase resonó aislada del resto en la memoria de Florent Max. Se puso a mirar la descripción del «tympanum», del gong *cuya resonancia periódica jalonaba el rumor de la montaña*. Y dos aspectos seguros se fundieron a sus ojos en una sola certeza: no se trataba de un cuento, el espejismo no era una alucinación; la ciudad

existía. Existía, puesto que un hombre había visto su reflejo y puesto que otro hombre había escuchado su eco.

¡Existía! ¿Dónde?

El aspecto del relato en sí no era demasiado arcaico. El estilo, su temperamento lo databa a principios del siglo XIX, o como máximo a finales del siglo XVIII. ¿Habíamos descubierto en esa época algún reino? ¿Una capital? No: sólo tribus negras, aldeas de adobe, los Abomey, los Tombuctú. ¿Y no estaba ya todo descubierto?

Sin embargo, ¡existía en alguna parte, por muy lejos que estuviera! ¡Leyes físicas lo testimoniaban! Entonces...

Florent Max estaba convencido de que no encontraría el libro; ni el de su infancia, que había desaparecido, ni ningún otro libro similar. Sus investigaciones bibliográficas no podían apoyarse en algo que había existido...

Al mismo tiempo, tenía la angustiada intuición de que la ciudad se encontraba fuera de su alcance; de que era necesario renunciar a la sobrehumana empresa de descubrirla; sin perder su tiempo corriendo en pos de la Fortuna, teniéndola como la tenía en casa; y por tanto, debía contentarse con escuchar el adorable rumor, siendo imposible remontar el camino hasta su origen.

Fue en ese momento cuando tuvo por primera vez la idea de adquirir la torrentera, el peñasco, y de hacerse construir sobre el

emplazamiento de la pista un pabellón con una habitación soberbiamente elegante y un canapé provisto de cojines justo en el lugar donde se producía el rumor. Y él, recostado en el suave tacto de satenes, lo escucharía, con un cigarro en los labios...

—Querido, te lo suplico, háblame, dime qué te sucede...

Iba a responderle: «No es nada, Marie, sólo te pido que no digas nada. ¡Tu voz suena como una carraca, pobrecita!». La miró. Permanecía sentada, con los codos sobre la mesa. Su aspecto era tan cariñoso y parecía tan desgraciada... Y luego se imaginó que su propia voz, cuando hablase, sonaría tan desagradable como la de Marie. Se apiadó de ella, porque sentía también gran piedad de sí mismo. Así pues se aproximó a ella, la rodeó con sus brazos, y mejilla contra mejilla, le dijo:

—Mi pequeña Marie —le dijo—. Perdóname. Hoy estoy un poco malvado... ¿Ves? Es porque envejezco sin gracia.

Pero ahora ya aceptaba envejecer.

Al día siguiente partió como lo hacía todos los días, antes de que la oscuridad se hubiera disipado. Pero advirtió a Marie que se quedaría hasta avanzada la noche, ya que deseaba realizar algunos estudios de claro de luna en la montaña.

Llegó al barranco al alba. Venus aún brillaba en el cielo. Su corazón batía con fuerza,

había en sus miembros frialdad y crispación, como un enamorado que se pregunta si no se va a encontrar con la puerta cerrada.

Tanteó en el aire con la cabeza, palideció, esbozó una sonrisa...

El rumor era fiel a la cita. Lo escuchó mientras contemplaba la estrella, y descubrió que había entre ambos fenómenos un parecido singular y encantador. Pero Venus desapareció, ahogado por la aurora, y Florent Max quedó a solas con el rumor. Observó que las horas de la mañana no lo modificaban más que las horas de la tarde. Ninguna señal de despertar, ningún período de calma seguido por la reanudación del sonido, ni rastro de esas fluctuaciones que indican la alternancia entre el día y la noche y que son fáciles de percibir en cualquier ciudad de la Tierra. Era algo eterno.

El gong resonó. Florent Max sacó su reloj de bolsillo. El gong, de manera regular, producía un estallido en el oído al igual que un astro candente que a continuación se abandonara a su extinción, en un lento *diminuendo*. Entre cada golpe de gong transcurrían siete minutos y tres segundos. Cualquiera que fuese ese mundo, el tiempo allá también existía. Aquel mundo y el nuestro no eran tan inconmensurables. Puede ser que aquel mundo fuera el nuestro.

Pero la delectación del pintor se vio interrumpida por unos ruidos desagradables que parecían provenir de más allá de la garganta, hacia el bosque. Recordó que en aquella zona estaban

trabajando en una pista de explotación forestal; y si la víspera había podido gozar de un silencio absoluto, fue porque era domingo. Pensó que sólo las noches le serían propicias, y súbitamente se quedó inmóvil, al haber sentido a lo lejos el sonido de un objeto metálico contra la roca.

¿Le habría seguido Marie?

Alguien ascendía por el sendero... Florent Max distinguió entre los matorrales a un campesino que portaba un morral.

Rápidamente, dispuso el caballete bajo la zona de la que surgía el rumor, y se sentó como si estuviera trabajando. El hombre se vería obligado a dar un rodeo. No podría escuchar nada...

Por desgracia, era un parlanchín desesperadamente sociable. Aprovechó la ocasión para tomar aliento un instante, dejó su morral en el suelo, lió un cigarrillo y se instaló como si fuera un espectador del artista.

Florent Max temblaba. Mostró un mutismo huraño hacia la plática del individuo, se cruzó de brazos delante de la tela blanca... El otro, totalmente confundido, se marchó balbuceando: «Usted perdone».

Así pues, el primero que por allí pasara podría sorprender el prodigio del rumor, distinguirlo de entre cualquier otro sonido, regalarse los sentidos con el mismo y por último... ¡dar a conocer a diestro y siniestro el inexplicable fenómeno que se producía en la montaña!



Enervado, Florent Max podía imaginarse ya a algún “Barnum”<sup>3</sup> estableciendo allá mismo un hall de audición, turistas acomodados en sus butacas, en círculo, con dos pequeños tubos acústicos encajados a ambos lados de la cara, y todos los tubos conectados a un dispositivo principal, al condensador-amplificador, en el punto geométrico donde la misteriosa ciudad se manifestaba a base de sonidos.

¡Compraría ese terreno! ¡Sería el propietario de aquel eco!

Fue a eso de las doce cuando una voz hizo florecer el rumor con una nueva rosa excepcional e incomparable. El pintor acababa de comer y fumaba de su pipa luego de haber tomado a sorbitos un vaso de excelente café frío acompañado con un chorrito de orujo. La voz sonaba como si una mujer cantara o tarareara apoyando su frente sobre los hombros de Florent Max. Y cuando decimos «cantar» o «tararear» resulta más bien una manera un tanto ordinaria de expresarnos, porque aquella voz, en realidad, ni cantaba ni tarareaba ni hablaba ni suspiraba... Uno no sabría cómo explicarlo. Era un lenguaje sin palabras, tan inteligible como lo pudiera ser una perorata de violonchelo, un poema rico en matices y sutil que no estuviera dirigido a la razón... Aquella voz poseía unas cualidades

---

<sup>3</sup> Phineas Taylor Barnum (1870-1891), célebre empresario y artista circense.

extraordinarias. Era realmente como una caricia, lo cual no era nada en comparación con la infinita ternura que infundía.

La voz se alejó, pero, milagrosamente, Florent Max no tuvo problema alguno en distinguirla entre el resto de voces; y siempre, por mucho que se alejara, la seguía reconociendo, aunque tan solo fuese una voz más del coro.

Sobrevino la noche. El éxtasis alcanzó allí su perfección. El cielo se hizo firmamento. Las estrellas lo elevaron. Realmente, si hubieran cantado, en lugar únicamente de brillar, la bóveda celeste no habría emitido otro rumor que no fuera aquel...

«La armonía de las esferas...», pensó Florent Max.

Sin embargo, la ciudad del espejismo no se alejaba de su sueño, y tal y como la había imaginado en su hermosa infancia, así se erguía aún ante él, pálida y dorada, ondulante y tornasolada, en la región inmaterial en donde nuestros ojos saben contemplar las creaciones de la Fantasía.

A partir de aquella aventura, la vida de Florent Max cambió completamente. Se comportaba como un estudiante que hubiera descubierto en la montaña una falla secreta, la fisura infinitesimal de una caverna brillantemente iluminada en donde espléndidos juguetes cobraban vida por arte de magia. El aire sólo era respirable al

borde del barranco. Era el único lugar del mundo en el que había estado sin sentir ganas de estar en algún otro lugar. Tenía que irse; el pintor dejaba allá lo mejor de sí mismo y lo que regresaría al pueblo sería un mero autómata.

Tenía sus obligaciones.

El torrente formaba parte de un dominio comunal y su venta no podía ser autorizada. Fue una amarga decepción.

Luego, sucedió que el rumor pasaba por distintas vicisitudes. El clima, la temperatura, la humedad provocaban su debilitamiento. Muchas veces apenas era audible, sin que nada pudiera, de entrada, explicar un declive tal. Pero qué de extraño podía haber en ello, ¿tendría que franquear tantos obstáculos, superar tantas dificultades antes de poder alcanzar aquel peñasco capaz de condensar el rumor! Una vez, durante una tormenta, adquirió una intensidad extraordinaria. Con los ojos cerrados, Florent Max tenía la impresión de estar en medio de una kermesse que cubriese toda la montaña. El gong resonaba como la campana de una catedral. Y la querida voz fue casi como un beso. Otro día, sin causa aparente, el rumor se alejó hasta los confines de la capacidad auditiva humana, y Florent Max, que siempre veía dentro de él la ciudad del espejismo, creyó verla, liliputiense, como a través del lado grueso de unos anteojos.

Meditaba una y otra vez. Su imaginación trataba de concretar el fenómeno. Se representaba el rumor bajo la apariencia de un haz de rayos. El

nicho de la roca se inclinaba un poco sobre el plano del muro de piedra, girando hacia el cielo su pilón rugoso. Florent Max veía los rayos atravesar la garganta similar a un atrevido puente que descendiera en línea recta con el bosque sobre la concavidad.

Pero, ¿y antes del bosque? Antes de rebotar allá abajo sobre la cima verde, ¿qué dirección seguían? ¿De dónde venían?

Ahora bien, la zona del bosque, en donde el maravilloso eco rebotaba hacia la roca, pudiera ser tal vez el punto fatal de ruptura.

El trazado de la pista de explotación forestal conllevaba reducir a migajas varios metros cúbicos de roca. Era preciso utilizar dinamita. Una mañana, Florent Max, que escuchaba el rumor con una alegría infatigable, se vio sorprendido por tres detonaciones.

Se dio la vuelta, observó en el bosque un evidente desgarrón seguido de una pequeña nube de humo y, con un sentido de adivinación atroz, comprendió enseguida que la desgracia había llegado.

Durante todo el día Florent Max se afanó en buscar el rumor en los alrededores del barranco, esperando que el eco se hubiera únicamente desviado, lo cual carecía de lógica. Pero era incapaz de razonar. Lívido, nervioso, la mirada apagada, se afanaba en su vana tarea, enloquecido como un

hombre que hubiera sido condenado a perpetuidad al destierro y a la soledad.

Tenía que evadirse de ese silencio, ¡costara lo que costara! Volvería a encontrar de nuevo el rumor. A falta de la ciudad misma, el rumor se había convertido en su razón de ser. No podía seguir viviendo sin esa bienaventurada música, ¡sin la voz que tanto amaba!

Las detonaciones se sucedían. Pedazos enormes de granito saltaban por los aires, proyectando fragmentos que silbaban en el aire como metralla. Al fin, hacia el atardecer, la paz se restablecía de nuevo. Florent Max continuaba febril interrogando al vacío.

La llegada de la noche le sorprendió subido a lo alto del muro de piedra. Se arrastraba a lo largo del borde, por encima del nicho redondo, y se inclinaba para escuchar.

Cien pies más abajo, la torrentera extendía su blanca cortina ribeteada de ramilletes negros.

Finalmente, también Marie habría de conocer el lugar.

Llegó hacia las cuatro de la mañana, acompañada de una mujer que como ella había pasado la noche en vela.

Florent Max yacía en medio de un frambueso. Las zarzas no habían amortiguado su terrible caída. No era más que un objeto honorable

–un objeto muy iluminado por el claro de luna–. Su postura era natural y sencilla. En absoluto horrible, afortunadamente. Tampoco era bella o agradable, lo cual era una lástima.

Acababa de abandonar el mundo donde la fiesta eterna no es objeto de celebración. ¿Es posible que ahora ya lo supiera todo? ¿Es posible que ya supiera en qué lugar del universo se alzaba la ciudad del espejismo en su resplandeciente apoteosis? ¿O, tal vez, la había llegado a encontrar a orillas del más allá? ¿Se habría reencontrado con su rumor «bello como un recuerdo»?

Algunos así lo desearán, sobre todo aquellos para quienes el recuerdo no es más bello que la esperanza.